



Año I

Madrid, 6 de junio de 1937

Núm. 3

LO QUE HACE LA GUERRA

DOS PUEBLOS EN UNO SOLO

El soldado que se encuentra en las trincheras, pasando todos los sinsabores que la guerra trae consigo, a veces piensa en la vida regalada que otros se pasan, aprovechándose precisamente de esa situación en que él se encuentra, y que no viven ni aún en apariencia, la guerra, que tan de cerca le toca vivir al soldado, pretendiendo a veces cubrirse con el velo del dolor ajeno, o con la capa del desinterés, que en ningún momento puede servir para encubrir su verdadero estado de vividor y egoísta, que vive dentro de la guerra, pero que nada afecta en su ánimo, ni se puede hacer solidario para compartir los sufrimientos del combatiente.

Si el rencor empieza a minar dentro del combatiente, parece que tiene disculpa en su pensar; pero si tenemos en cuenta el pensamiento tan elevado que en el soldado debe reflejarse en todo momento, no habrá más remedio que desechar ese rencor y disculpar a los que tal proceden, pensando que quizá su mismo remordimiento les vuelvan su primitivo estado y que antes de terminar la guerra se reivindicuen, para que después tengan entrada en nuestros medios; y si llevamos aún mejor y más allá este pensamiento, peor para el que crea que su proceder, siendo desechable, pasa desapercibido por el pueblo que lucha al pie del cañón y dando el pecho, pero como se tiene que dar en las trincheras frente al enemigo, que también lo da.

Es necesario, no obstante, no confundir en ningún momento al pueblo luchador con el que no lo es, pues si ocurre a veces que el soldado, en sus raciocinios, graba dentro de su cerebro ideas amontonadas que son difíciles de dilucidar, es necesario que procure meditar para no confundir y dar cabida en su cerebro todas estas ideas clasificadas, no concentrándose en el caso de confundir al colaborador con el otro egoísta y vividor de que hemos hablado antes.

Si bien es cierto que en las trincheras todo es sacrificio y amor a la causa, desinterés y apoyo mutuo desprovisto de egoísmos, también es cierto que fuera de las trincheras también se elabora—a veces con mucha dificultad—para que el soldado sea atendido de la forma que merece y que sus pesares sean los menos, quitándole algo de la carga que la guerra ha echado encima del combatiente, y no se hacen todas las cosas que puedan beneficiarle para este completo apoyo, precisamente por esos otros «combatientes» que,

no conformes con encontrarse viviendo de una forma regoldona en retaguardia y sin conocer las miserias vividas en los frentes, siempre les parece que su aportación es tan completa que nada se les puede exigir más de lo que voluntariamente dan; que después en la práctica no remedia, ni de lejos, todas las necesidades de los que luchan de esa forma: derramando sangre, para que él se encuentre en la posición que la guerra le ha deparado.

Es necesario que la ira no nos ciegue y que en lugar de ser el cerebro el centro de los raciocinios se convierta en enorme tinglado del que salgan cosas tan disparatadas que la moral y el sentido común desechen, una vez que este conglomerado salga a la luz y que fué creado en un momento de ofuscación, es decir, cuando el cerebro se encuentra recargado por los continuos pensamientos que a él afluyen y que después ese mismo cerebro puede fácilmente censurarlos. Corriendo el peligro de confundir términos que son



¡ALERTA!

Soldados de vigilancia en una trinchera. ¿Verdad que el optimismo se refleja claramente en su sonrisa?

por demás antagonistas, tal son: los que de otra forma a ellos, es decir, sin un fusil en la mano, luchan por causa del proletariado y los que, no solamente no prestan esta colaboración, sino que obstruyen toda labor.

AMATEUR,

Comisario Ayudante de la Brigada.

C. G., junio de 1937.

¡ENLACES!

Enlace. Palabra que pocos de los que no vean de cerca la labor de éstos podrán comprender jamás.

Ellos, callados, diligentes y hercicos, aportan su grano de arena al montón, que, una vez formado en su totalidad, nos llevará al triunfo final, esto es, a satisfacer nuestra única ilusión, «ganar la guerra», y al mismo tiempo formar una nueva sociedad, en la que no haya explotados.

Enlaces. Hay quien cree que es una misión sin importancia la de estos abnegados luchadores.

Quien esto cree, ¿se ha parado a pensar sobre las consecuencias que acarrearía durante un combate el retraso o la poca diligencia del portador de un parte? No. No lo ha meditado. Ellos tienen que ser serios a todo lo que no sea cumplir con su deber. El fragor de un combate, el estallido de los obuses, las incidencias mil que la guerra coloca diariamente frente al luchador, no son óbices ni obstáculos para el «enlace». Pese a quien pese, el parte ha de llegar a su destino con la máxima rapidez, porque éste, dándose perfecta cuenta de su misión, sabe que un retraso, por pequeño que sea, puede convertirse en la pérdida de muchos combatientes, de mucho material, en fin, de trocar una victoria fácil y segura en una «débacle» para nuestras armas.

La vida de estos muchachos está llena de heroísmos. Yo vi a uno que, al llevar un parte de su Comandancia, tenía forzosamente que atravesar un descubierto batido por las máquinas enemigas. No vaciló. Un enlace no vacila jamás cuando se trata de que el deber sea cumplido. Yo, admirado, veía a cubierto de una trinchera el espíritu de sacrificio y de responsabilidad que anidaba en aquel pecho. Mis ojos se negaban a mirar, porque presentía lo que iba a suceder. Era un hombre inmolado a la causa de la libertad. Lo que esperaba sucedió; el hombre fué tocado, y, dando traspies, cayó en el fondo de una trinchera. Los ocupantes de ésta trataron de impedir que el herido siguiese a cumplir su misión. Uno de ellos pretendió llevar el mensaje a su destino. Pero, no. El enlace había recibido una orden: «El parte ha de ser entregado al jefe de la unidad y a nadie más», y... esta orden había que cumplirla a toda costa. Saltó de la trinchera, y renqueando a su destino, orgulloso de desafiar las ráfagas de las ametralladoras enemigas facciosas. Iba radiante. Cantaba. De pronto, un traspies más grande que los anteriores, y cayó para no levantarse más. Su boca solamente balbució: «No he podido cumplir mi misión... perdónadme».

Imposible enumerar los casos de esta índole que llenan la vida de los enlaces.

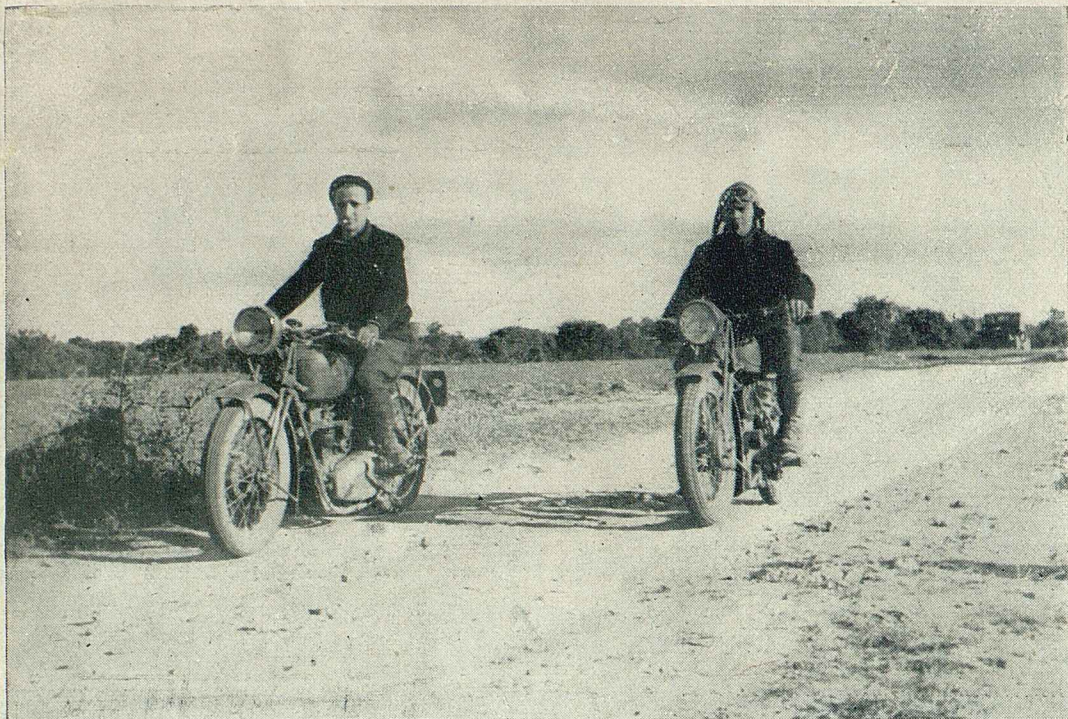
En el día de mañana, cuando la guerra se comente como una cosa lejana, que el tiempo esfuma poco a poco, alguien recordará, pensando en los factores que nos condujeron a la victoria: «Había unos hombres que se llamaban «enlaces»...»

RAFAEL ABAD,

Comisario de Guerra. 2.º Batallón, 2.ª Compañía.

Frente de la Alcarria.

ARCHIVOS
ESTATALES



¿Una carrera de motocicletas? No. Son los diligentes enlaces de la Brigada 70, que van a cumplir su misión diaria. De la honradez de estos hombres, depende la vida de los soldados en muchas ocasiones.

LA MUSA INSPIRA!

NUESTRA OBRA Y LA DE ELLOS

Cuántas veces andando por la carretera de nuestras rutas o echado sobre el césped de una pradera, en el remanso que se reconcentra nuestro pensamiento, se transporta el pensamiento de uno a lugares donde lleva la ilusión de un ideal. Deja, aunque sólo sea por unos momentos, el sitio material donde abandonó su cuerpo. Ese fenómeno ha hecho sensación hoy en mí, arrastrándome su espíritu a sentirme protagonista intelectual de un episodio de la Historia. Camarada que lees estas cuartillas, ¿no te ha pasado alguna vez a ti lo mismo? ¿No fuiste nunca orador de un mitin? ¿No te has sentido nunca caudillo de un movimiento revolucionario? ¿No te has sentido intelectual o un gran artista? Aunque siendo el protagonista, espiritualmente de alguno de estos episodios, tropezaras y cayeras con el cubo de la cal, te dieras con la pala en las espinillas o despertaras bajo los arcos de un puente.

Hoy me toca a mí estar bajo ese influjo que nos arrastra y nos obliga, como una cosa de hipnotismo, a sitios extravagantes.

¡Mira que yo intelectual! Pues así ha sido. Voy desde las trincheras hasta el puesto médico a curarme una pequeña herida. Un monte, a un kilómetro hacia la retaguardia. Por el camino, entre el verdor de unos trigos, me sorprende una voz que sale de mi interior y que me dice: Coge el lápiz y unas cuartillas y escribe lo que te vaya dictando. Con el lápiz en la mano, me siento sobre unos peñascos, de los muchos que hay en esta famosa Alcarria.

Soy tu Musa, me dice la voz, que me encuentro explorando el campo de los combatientes y quiero ayudarles, para que con el rudo acento de vuestra capacidad vayáis cultivando vuestros deseos. Aquí estoy para narrarte lo que he visto en el infierno fascista, para que verdaderamente te des cuenta de lo que significa ese trágico nombre, ya que tú no has visto de cerca el danésco teatro de Italia y Alemania, ¿todo?... Es muy largo de contar, pero te haré un pequeño reflejo de sus obras. Fascismo es la negación de todos los derechos, no cría ni educa al hombre, le fabrica como una mole o como un monstruo; desde pequeño le cierra todos los poros por donde pueda infiltrarse algo de inteligencia. Bajo un sistema de terror le van moldeando al antojo de quien le fabrica; pasa después, con un título de monstruo, a ser cotizado en el mercado del pillaje y el crimen. De esas fábricas salieron estos monstruos que vuelan sobre nuestras ciudades.

¿La mujer?... Como un rebaño de ovejas. Comen para poder criar, hacerla parir mientras más, mejor, y cuando el corderito o corderita que amamantó con sus tetas va sintiendo el calor y el cariño de la madre, va destinado a ser el plato exquisito de quien no puso ningún esfuerzo en el rebaño. Como las corderitas, la niña, a los dieciséis años, pasa a poder de los fabricantes de monstruos, para cometer otro crimen. Seciando los primeros apetitos del que la compra, a ganarse el sustento en un cabaret o a rodar por el infierno de un prostíbulo. Todo este edificio, roído por las lepras, se sostiene porque el fabricante, dueño y señor, parte del dominio de un tirano, que siempre suele tener el parecido de un cómico grotesco o una cabeza como un melón. Una disciplina de terror. Un respeto de crimen. Todas sus ciudades son mártires y oscuras; los pensamientos obscenos y cerebros torturados, torcidos hacia la venganza y el crimen. La risa no se conoce, y desgraciado del que posea ese tesoro. Masas de monstruos de carne y acero, a los campos de batalla, y detrás quedan gozando en ese ambiente corrompido todos los fabricantes de esta inmunda matanza. Desgracia para ellos que en España pusi-

mos a tiempo el muro donde se estrellará toda esa mole fascista.

Contrasta el desenvolvimiento de esa incubadora del crimen con nuestro ejemplo, espejo en que tienen que mirarse todos los pueblos libres que se precien de serlo. ¿Qué dirían los periódicos internacionales si los periodistas fascistas llegaran hasta nuestras trincheras y vieran las obras de los malditos rojos? En el mismo campo de batalla, entre el tronar del cañón y el ruido de las ametralladoras, coros de combatientes, alrededor del maestro, el cual los enseña a leer y escribir. Esta es nuestra obra, y por ella luchamos, cultura y libertad son las madres del progreso.

Nuestras ciudades, ¿qué diferencia a las de ellos! Que tomen ejemplo de nuestro heroico Madrid, caso sin precedente en la historia. Teatro donde se desarrolla el drama más fuerte de esta guerra, y su heroica población, bajo una continua lluvia de metralla, sigue conservando ese perfil risueño y alegre del Madrid castizo y jaranero.

Libertad a las esclavas de los prostíbulos es la obra emprendida por nuestras mujeres, y fuera de ese ceno, junto con ellas, marchar hacia la fecundidad.

Por eso ganaremos la guerra, porque el mundo que se dejó llevar por la propaganda del fascismo se va dando cuenta de nuestra obra, y que nosotros, agredidos por todos, defendemos nuestra independencia y nuestros derechos.

Nosotros no fabricamos monstruos para la futura carnicería, Hacemos conciencias libres y cultas, que puedan encucuzar el mundo hacia una humanidad libre y fuerte, donde todos seamos hermanos.

¡Adelante, compañeros! A no deshonrar la historia de nuestros antecesores, destrozando, como aquellos, todos los Napoleones que han tenido la osadía de manchar nuestro suelo.

El mundo sabe quién somos, y por eso nos ha encomendado la obra de enterrar al fascismo.

Dejo de anotar, porque la Musa ha dejado de hablarme.

JOSE REYES,
Comisario.

COLABOREMOS SIN PRESIONAR

Me voy a permitir hacer unos modestos razonamientos sobre un tema, que la lectura de la Prensa ha provocado en mí; no sé si ciertos periodistas, que desde luego afirmo son guiados por el vehemente deseo de un triunfo rápido, emprenden campañas que dudo den o puedan dar el resultado que se proponen.

Se lanza en la Prensa la consigna de ¡ataque en todos los frentes! Sobre ello se machaca una y otra vez, sin darse cuenta del alcance que puede tener esta consigna. Se incrusta en el ya ardoroso deseo de las tropas el abandonar la monotonía de la trinchera; su entusiasmo y coraje, unido a las lecturas que les enardecen, les hace presionar a sus inmediatos oficiales; su mente organiza golpes de mano, que si muchos de ellos no se realizan es, por fortuna, debido a la disciplina que se ha impuesto y por todos aceptada; pero todos queremos hacer algo, queremos salvar a los compañeros de otros frentes, que son fuertemente atacados; en fin, en la trinchera, en el parapeto, en el taller, en la retaguardia y, sobre todo, en la Prensa, se grita: ¡Ataque! ¡Ataque! Y permitidme que yo me pregunte, ¿si todos «ordenamos el ataque», ¿qué queda para el Estado Mayor?

No sé si estaré equivocado, pero creo que el Estado Mayor debe ser él, y nadie más que él, el encargado de dar las órdenes de ataque en tal o cual sitio, ha de ser el único que disponga y dispondrá los movimientos o traslados de fuerzas, teniendo en cuenta las condiciones armónicas de todos los frentes, el armamento y material humano que en ellos se necesite; en fin, ha de ser la fuerza motriz que mueva todo el mecanismo de la vanguardia, sin presión, sin consejos, sin orientaciones de nadie; el Es-

tado Mayor ha de ser el único creador de iniciativas y resoluciones.

Basta ya de inmiscuirse en cuestiones de las que, lógicamente, no podemos estar bien enterados; dejemos que cada cual se ocupe de su misión, libre y serenamente, que cuando se trate de responsabilizar a quien fuese responsable, no tengamos en lo íntimo de nuestra conciencia algún resquemor de ser también autores indirectos por haber aconsejado causas que produjeron tales efectos.

Hemos de darnos cuenta de que no se ataca cuando se quiere, sino cuando se puede y se debe; hemos de fijarnos en que nuestras fuerzas de choque están formadas por la misma clase de soldados que los de la segunda línea, es decir, compañeros, trabajadores dignos del ideal; por lo que los planes de guerra no pueden ser aventuras del buen deseo, ya que un ataque impremeditado, además de ocasionar grave trastorno estratégico, provocaría grandes bajas en nuestra línea, que si hoy son de soldados, mañana serán de productores, que, con su valioso trabajo, harán una España social y libre, desprovista de todo prejuicio burgués.

A nuestro enemigo no le importa el FACTOR HOMBRE, son mercenarios o extranjeros la mayoría; por esta razón, esos bandidos pueden permitirse el lujo de sus aventuras en tal o cual frente; no les importa que sus pobres e ignorantes soldados caigan uno tras otro segados por nuestras máquinas de guerra; mientras ellos, los «nacionalistas», los que debieran verdaderamente dar la cara, esconden y hurtan su cuerpo en la retaguardia, adonde lógicamente les es muy difícil derramar su innoble sangre.

Reservemos todo lo posible a nuestros hombres, a nuestros hermanos de clase, que, cuando ataquen, lo hagan perfectamente protegidos por el material adecuado, pues considero que es preferible conservar sus brazos hercúleos para la futura y humana fábrica o taller, para el laboreo de nuestro fértil suelo, a que sucumban indebidamente por una impremeditación, a pesar de que luego, la misma Prensa, los eleve a la categoría de HEROES.

Colaborem todos en el más rápido triunfo.

LUIS ELBERDIN BARATA,
Comisario de la 1.ª Compañía del 2.º Batallón

HABLA EL SOLDADO

DE LA VANGUARDIA A LA RETAGUARDIA

El soldado del pueblo y de la libertad, cuando está en la trinchera, cuando marcha hacia el enemigo, en busca del triunfo, lleva en sí un espíritu y una moral que no se ocupa de que el soldado que va junto a él, el que comparte sus mismos peligros, sea de un ideal más inferior o superior al suyo, sino que ve en él a otro soldado de la libertad, porque las balas enemigas no preguntan ni reparan en este o en aquel ideal, sino que siegan todo lo que a su paso encuentran.

Y así, con el pensamiento y la mirada siempre hacia adelante, marcha el soldado hasta encontrar el triunfo, sin acordarse del enemigo que se quedó allá, lejos, a sus espaldas, porque tiene confianza en sus compañeros, que allá en la retaguardia se quedaron con la sola misión de combatirlos y confiado en que éstos sabrán cumplir con su deber, se presta gozoso a la lucha, porque cree que cuando vuelva se encontrará una retaguardia limpia de enemigos y con una organización perfecta.

Pero por el contrario, parece ser que aquel que quedó en la retaguardia no fué sino para pasear, disfrutar de los placeres existentes y al final del día leer la Prensa y luego las noticias de éstas, comentarlas y discutir las en tertulia, llegando a discutir, minuciosamente las derrotas inflingidas al enemigo por «nosotros».

Esta es la realidad vista desde las trincheras; muy dura es, pero los hechos ocurridos recientemente nos dan a entender la labor realizada por todos aquellos que tenían que velar por la organización de las zonas fuera de guerra, y nos dan a conocer hasta dónde llega el amor a la causa de todos aquellos, que, fingiéndose idealistas de esta o aquella línea, organizan a espaldas de los que dan su vida en la trinchera, juegos que traen como consecuencia el entorpecimiento de la marcha triunfal de la guerra y la muerte de los mejores luchadores, firmes puntales de la verdadera lucha social.

Pero desde la línea de fuego se ha visto el juego, y estamos preparados y dispuestos para contestar a cualquier posible golpe por la espalda con la conquista de nuevas posiciones, para la marcha triunfal de nuestro Ejército, y aplastaremos al enemigo en todos los terrenos y de todas las formas que se nos presente.

Por lo tanto, que sepan todos los que están en retaguardia cumplir con su deber, como nosotros cumplimos en las trincheras, porque, de lo contrario, habría que alternar en los servicios, y sería doloroso que por la labor contrarrevolucionaria de unos cuantos hombres sin conciencia se viese la guerra interrumpida en su marcha gloriosa.

Así, pues, cada uno desde su puesto, a cumplir con su obligación, y será la mayor aportación que podamos dar para el triunfo total de la guerra.

Todo antifascista que se enfrente con otro, verbalmente o de obra, deja de serlo, para pasar a ser un saboteador y provocador, y como enemigo de nuestro triunfo se le debe de tratar.

JULIO AGUADO,
Soldado de la 70 Brigada, 3.º Batallón

DESDE LAS TRINCHERAS

a los de la retaguardia.
que ha dedicado un soldado
Coplas de la Alcarria,

Camaradas emboscados,
en capitales y pueblos,
que a gusto estáis pasando
esta guerra con crengas.

Mientras los pobres soldados
toman trincheras y pueblos,
vosotros "sus" paseáis
luciendo traje y pañuelos.

Pero algún día la justicia
que el soldado ha de imponer.
¡No sabréis qué contestarle!
¡No sabréis que responder!

Y no sabéis que en la guerra
nos toca a "tos" padecer,
lo mismo que en lucir trajes,
lo mismo que en bien comer.

No sabéis que los soldados
luchan por la libertad,
y con su sangre tan roja
riegan la España leal.

También luchan con coraje
y también con energía,
porque saben que el fascismo
sólo quiere tiranía.

Y al fascismo extranjero,
que ha pisado nuestra tierra,
pronto será echado de ella
como si fuera una fiera.

Tenemos los comisarios,
que cumplen con su misión;
charlamos todos en grupos,
y nos dicen lo que son
las tácticas de la guerra
para bien de la nación.

Nos imponen disciplina,
y nosotros la aceptamos,
porque a los frentes que vamos
bien que lo demostramos.

De la setenta Brigada
todos saben en Madrid
se le ha impuesto disciplina
y que la deben cumplir.

Señoritos de estos nuevos,
que siempre nos criticaron
y que nos daban por nombre
los hombres incontrolados.
¿Y vosotros, en Madrid,
qué labor estáis haciendo?

Todos vais muy bien vestidos,
y la pistola luciendo.

Así la guerra no acaba
paseándose por Madrid;
dad la vuelta por los frentes
y veréis que hay aquí
obediencia en los mandos
lo mismo que hay en Madrid.
¡Y vosotros, por las calles,
paseando con las "gachís"!

Pero ahora nuestros militares
la justicia han de poner,
y vosotros, emboscados,
no "sus" podréis defender.

Y entonces los comisarios,
que saben lo que es la guerra,
mandarán vuestros cuerpos
a las paredes de una celda.

Compañeros: Yo "sus" llamo,
y "sus" trato con esmero.
Esta es la justicia puesta
por un soldado del pueblo.

Frente de Guadalajara.

DEL MOMENTO

¿Qué es la guerra?

Naturalmente que no tratamos de descubrir en este modesto ensayo periodístico un nuevo «Mare Nostrum»; aspiran únicamente los improvisados redactores de este artículo desterrar de la mente de algunos ciudadanos—bastantes, desde luego—la idea equivocada que tienen de la guerra. Y conste que con ello no hacemos otra cosa que reflejar nuestras propias impresiones y mostrar a nuestros lectores la diferencia existente entre la realidad que hemos visto y lo que nos hacía ver nuestra fantasía cuando aun no nos habíamos acercado a un frente de combate.

Que la guerra, considerada en sí misma—vamos a dejar a un lado la razón que nos asiste en la causa que defendemos—, es algo monstruoso, incalificable, que llega un momento en que el hombre se asemeja a las fieras, estamos todos hartos de saberlo, ya que no han faltado medios de propaganda pacifista, novelas y artículos literarios, cintas cinematográficas, conferencias, etc., que nos han documentado suficientemente sobre los horrores que trae consigo toda conflagración bélica. Pero, por regla general, todas estas propagan-

das se han cuidado única y exclusivamente de poner al desnudo la parte trágica.

Nosotros quisiéramos recoger en este sencillo trabajo lo que de sublime y magnífico tiene la guerra, y quedaríamos altamente satisfechos si consiguiéramos así que algún antifascista de espíritu timorato o pusilánime desechase de sí ese miedo excesivo—estos casos son muy frecuentes, repetimos, en la retaguardia, y aquí podemos aplicar el conocido refrán: «El que ha sido cocinero antes que fraile...»—y quedase predispuesto para, en un momento dado, sumarse a la legión de héroes anónimos que están contribuyendo con su esfuerzo y arrojo en los frentes de lucha a desterrar de nuestra patria el poder omnívoto y opresor de un capitalismo rancio que no ha sabido adaptarse a las modernas corrientes de justicia y equidad.

En la guerra, pues, existe algo más que desolación y tragedia. Es en los campos de batalla donde el entusiasmo y alegría juveniles se manifiestan con todo el ímpetu y fuerza, capaces por sí solos de dar la vuelta al mundo, cual hiciera Arquímedes con su palanca si hubiera encontrado el punto de apoyo, y estos jóvenes, más afortunados que el Padre de las Ciencias Físicas, están buscando su punto de apoyo—y lo encontrarán muy pronto—en la cultura, que antes les ha estado vedada por esa incompreensión cerril de la burguesía. Y es en los campos de batalla, mediante las escuelas establecidas en plena línea de resistencia, donde se está gestando esta transformación del campesino inculto en el hombre que en un mañana próximo ha de ser doblemente útil a su patria y a la sociedad.

Es asimismo en los campos de batalla donde, lejos de sentirse uno egoísta ante el temor del peligro, se despiertan los sentimientos de abnegación y sacrificio, llevados hasta el heroísmo a la vista de un compañero caído y al que hay que salvar cueste lo que cueste. Y no es este el momento de relatar los innumerables actos de esta índole realizados por los valientes soldados del pueblo, defensores de las libertades patrias.

En fin, en la guerra han adquirido muchos, al noble estímulo del compañerismo, una educación cívica y ciudadana que nunca hubieran llegado a tener de no haber surgido esta catástrofe nacional que hoy nos aflige, pero que aun no sabemos, ni sospechamos siquiera, los beneficios que en el porvenir ha de reportar a una sociedad más dichosa que la actual, y para lo cual, por humanidad, debemos todos luchar y aportar nuestro granito de arena a la obra común.

Equipo de sanitarios de la cuarta Compañía, segundo Batallón, setenta Brigada

Frente de Guadalajara.

Suscripción «Mujeres Libres»

	Pesetas
Suma anterior	300,00
Segundo batallón	1.000,00
Quinto batallón	2.974,40
José María Sanz	50,00
Antonio Ibarra	25,00
Total	4.349,40

Suscripción «Hogar del Soldado»

	Pesetas
Los furrieles del segundo batallón	30,00
Segundo batallón	1.362,10
Total	1.392,10

RECUERDO

Hace unas semanas ha salido a la luz pública el semanario La 70, portavoz de la Brigada del mismo número.

Aunque yo me reconozco con no suficiente inteligencia para poder escribir un artículo, entiendo que, en este caso, tratándose de escribir para un periódico portavoz de los del frente, debemos de hacer un esfuerzo mental y contribuir cada cual con lo que pueda con arreglo a su desarrollo intelectual a reflejar en el periódico las ideas, cómo piensan, las ansias, etc., etcétera, de los que estamos en el frente.

Yo, en estas mis cortas líneas, voy a dedicarles un recuerdo en memoria a los que cayeron, a los que por defender las libertades del mundo dejaron sus cuerpos enganchados en las afiladas puntas de acero de las alambradas, a los que, teniendo en cuenta lo que representa el retroceder, supieron morir antes que hacerlo, y, en fin, a todos los combatientes hermanos nuestros que de una manera u otra, pero que defendiendo la causa, han caído para no levantarse jamás.

Y yo quiero que mi recuerdo, sin menospreciar a nadie, vaya dirigido principalmente a los combatientes anónimos, a los soldados rasos de la revolución, a los que no se levantarán monumentos y a los que la Historia no los recordará sino de una manera general, pero que en nuestros corazones siempre existirá la convicción de que han sido ellos los que de una manera directa han contribuido a realizar las más grandes gestas de la guerra, gestas que se han multiplicado y que han llenado las páginas de la misma de heroísmos sin fin.

Y yo quisiera que, al dedicar este recuerdo a los héroes anónimos sirva al mismo tiempo como estímulo para los que quedan para proseguir con más ahínco, con más tenacidad en la marcha de la lucha. Que la sangre de los caídos sirva como acicate que, clavándose en nuestros cuerpos, nos dé más fuerzas para vengarlos.

Con este recuerdo siempre en la mente nuestra, tendremos más fuerza moral, además de la que tenemos, para proseguir raudos por el camino de la victoria, que no ha de hacerse esperar mucho tiempo. Así, pues, no habiéndome movido otro impulso al escribir estas líneas que el que queda descrito, lo termino, creyendo haber cumplido con un deber a la memoria de los muertos y al engrandecimiento de nuestro periódico. Salud.

LUIS GONZALEZ MATEO,
Comisario del 1.º Batallón, 4.ª Compañía, 70 Brigada.



El Comandante Cantos y el Comisario del 5.º Batallón, posan para el periódico de la Brigada

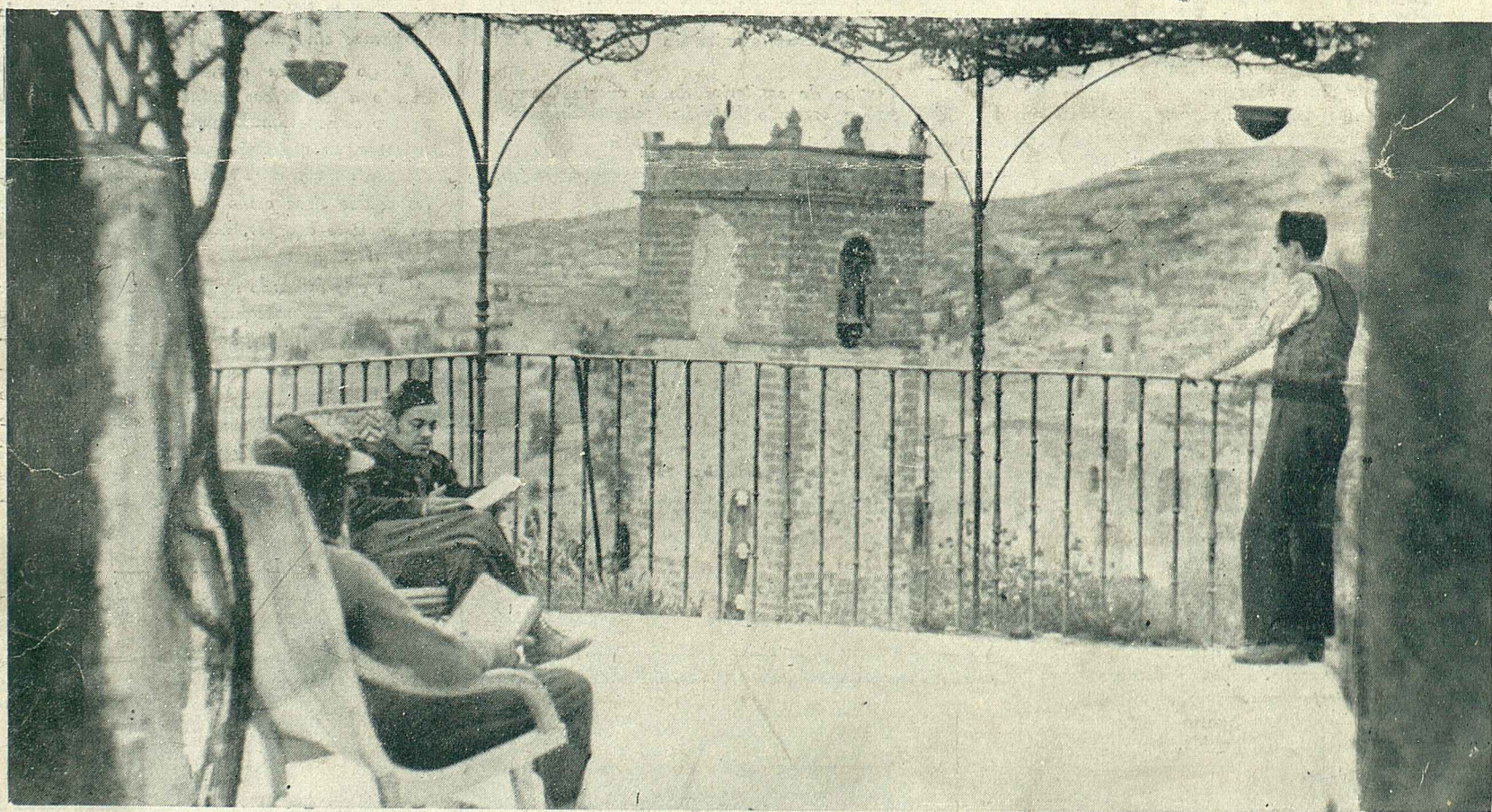
GUERRA Y CULTURA



Cuando las energías físicas se encuentran cansadas las intelectuales trabajan con más intensidad. Nadie podrá negar la importancia de esta aplicación, para crear una nueva era.



Esta estampa, por sí sola, dice más, que el comentario que a la fotografía se le pueda dar.



Vistas panorámicas como ésta, hay en Brihuega, y hombres que se capacitan estudiando, también los hay en las filas de nuestro Ejército Popular.

COMISARIOS POLITICOS

«MARIANIN»

De entre las muchas cosas que con la guerra han surgido merece destacarse la creación de los comisarios políticos. Esta disposición tuvo al principio tenaces detractores, pero pronto reconocieron esto, que el comisario político venía a cubrir una necesidad en el régimen interior de los cuarteles. La labor de los comisarios es de las más importantes, y como todo aquello que está al margen de lo espectacular pasa desapercibido para los que no se han detenido a pensar en los beneficios que reportan. Al igual que el armero, cuya misión es limpiar, reparar y poner en punto las armas de los combatientes, factor importante en toda contienda, no menos importante es también la actuación del comisario político, que, conviviendo en todo momento con el soldado, eleva su espíritu, hace que su entusiasmo no decaiga, acoge con atención y resuelve las quejas que de cualquier índole lleguen hasta él, y pone a sus hombres en con-

diciones de conseguir el triunfo. Es, en una palabra, el artífice moral de la victoria, y requiere para tan ardua labor inteligencia, entusiasmo, voluntad y espíritu de sacrificio, cualidades que poseen la mayoría de los hombres que ostentan mando en nuestra 70 Brigada. Acerca de esto vamos a referirnos hoy, aun a riesgo de violentar su modestia, a Mariano de Torres, comisario político del cuarto Batallón.

El pequeño Mariano, o «Marianín», como familiarmente le llamamos sus amigos, reúne las condiciones señaladas en todo buen comisario; menudo de talla, pero valiente y decidido como el que más, y lleva a sus muchachos a la lucha en inmejorables condiciones. Mariano, como tantos miles y miles de hombres de la C. N. T., está en la brecha desde el primer instante. En julio empuñó el fusil e hizo acto de presencia en el cuartel de la Montaña, pues Mariano de Torres no podía faltar a aquella cita, en que se jugaba la existencia del proletariado español. Más tarde, en Toledo y Sigüenza, ha luchado igualmente contra los invasores.

En la Casa de Campo y en el Jarama ha resistido

las acometidas de los enemigos seculares de España.

Mariano de Torres ha sido, como todos los hombres de la C. N. T., un héroe anónimo que, sin alharacas, tópicos mitinescos ni demás sandeces propias de comunista, ha acudido a dar su vida adonde ha hecho falta.

Así son los hombres de la C. N. T., salidos de sus entrañas, cuyas principales materias de creación son la fe en las convicciones y la nobleza y lealtad en su proceder de esa cantera de hombres. Han salido también sus comisarios políticos, compañeros que, abandonando oficios de paz, acudieron a engrosar las filas de los combatientes, que de una manera desinteresada y romántica, saben ir de cara a la muerte por la causa de la libertad. Nosotros, los que desde las filas confederales luchamos por un mañana más justo, nos sentimos orgullosos de tener por compañeros a hombres como Mariano de Torres, que, con su ejemplo, nos señala norma de conducta, de la que no nos separaremos jamás.

BENITO GONZALO DE MIGUEL
Tercer Batallón, 4.ª Compañía.